

Unidad Pastoral
Colegio Piamarta

“Somos Iglesia y en ella, discípulos misioneros”



Tema 3

“La Iglesia la formamos todos los bautizados. Compromiso cristiano y personal: Sacerdotes, profetas y reyes; nuestros dones al servicio de la comunidad. Ser cristianos es un don y no una carga. . . el encuentro con Cristo debe llevarnos a ser testimonio de amor en el mundo. . .” Si anuncio el Evangelio, no lo hago para vanagloriarme; al contrario, es para mí una necesidad imperiosa. ¡Ay de mí, si no predicara el Evangelio!” (1 Cor. 9, 16) (Consecuencias del encuentro con Cristo).”

El compromiso cristiano

La fuente del compromiso cristiano: Jesucristo que compromete.

Cuando hablamos de compromiso cristiano generalmente aludimos a la dimensión operativa de nuestra vida de fe, al empeño propio de seguidor de Jesucristo, al servicio y al testimonio que son propios de un discípulo.

La palabra “compromiso” como desafío y como exigencia ética es recurrente en los ambientes cristianos y en otros medios ricos en sensibilidad humana y social. Fue un reclamo fuertemente presente en las décadas del '60 y el '70. Hoy, en contextos culturales que exaltan lo individual, lo emotivo y la autorrealización debe ser adecuadamente reconsiderada y vuelta a proponer.

Para esto es necesario profundizar en el sentido del compromiso cristiano a la luz del Evangelio y como expresión del seguimiento de Jesucristo.

El encuentro con Jesucristo vivo y presente en el aquí y ahora es la realidad que origina en los hombres y mujeres tocados por esa experiencia un seguimiento que es adhesión, entrega, asimilación e imitación.

El compromiso cristiano es así, una respuesta creyente, amante y expectante a Jesucristo, confesado como Salvador, y la manera expresiva en que se manifiesta nuestro ser discípulos y seguidores suyos. La dinámica del compromiso cristiano es la dinámica de la fe, la esperanza y la caridad operantes en la vida de los bautizados.

Dado este carácter evangélico y teologal del compromiso se entiende que, si bien exige una implicación de toda la voluntad de la persona, no halla su fundamento sino en la iniciativa

gratuita del Señor. El crecimiento y la maduración, tanto como su origen, se dan en la medida en que se acoge la presencia del Señor, su acción salvadora, el impulso del Espíritu que se derrama constantemente en nuestros corazones y sostiene toda nuestra entrega.

De ahí que incluso la fragilidad personal, cuando se vuelve súplica confiada de “la gracia que basta”, queda integrada en un compromiso potente por la causa de Jesús y del Evangelio, como lo expresa el mismo Apóstol Pablo: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte”, se transforma en la experiencia de aquel que se vacía de sí mismo, de sus seguridades, de sus certezas y se deja moldear, llevar y amar por Jesús.

La raíz de esta experiencia de vaciamiento es el bautismo recibido, que cuando es acogido en su fuerza salvadora, genera una expresión comprometida:

No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios.

Que el encuentro con el Señor es el origen de todo compromiso según el Evangelio comporta, especialmente, mirar la vida como la ve Cristo, el volver a partir de Cristo continuamente; no permitiendo que esta experiencia fundante de la vida y de las opciones personales se deje arrinconar en el pasado y se vuelva un mero recuerdo, más o menos tenido en cuenta, el objeto cotidiano de la memoria cristiana. En los seguidores de Jesús el camino es siempre del acontecimiento a la experiencia y de la memoria al compromiso.

El encuentro con Cristo no puede dejarnos indiferentes. Muchas personas tuvieron este privilegio, aunque para algunos, más que un privilegio, se transformó en una situación embarazosa, pues Jesús los puso a prueba y, muchos de ellos, no la pasaron. Este encuentro con Cristo, para bien o para mal, no los dejó indiferentes, en más de alguno provocó un cuestionamiento a su forma de vida y produjo una transformación interior que llevó al seguimiento del Maestro; en otros, sin embargo, por su dureza de corazón y la imposibilidad de reconocer sus limitaciones, les llevaron a criticar al mismo Jesús por sus palabras y verlo, más que como un Maestro de vida, como un enemigo, peligroso, sobre todo por sus palabras, por lo que buscaron formas para eliminarlo.

Aquí surge una pregunta: Jesús me invita a comprometerme, pero ¿desde dónde nos comprometemos? ¿desde el corazón o la cabeza? Según cuál sea la respuesta, seremos cristianos verdaderamente comprometidos o personas muy comprometidas, pero, quizá, no verdaderamente cristianas.

Aunque ayude a mis hermanos, favorezca el diálogo, perdone, sea paciente y bondadoso, si mi corazón no se ha empapado del misterio del Amor de Dios, a esas buenas –incluso buenísimas– obras les faltará algo esencial, nacer por obra del Espíritu de Jesús que me habita y que es el que me da la fortaleza necesaria para seguir adelante a pesar de las dificultades. Si no lo tengo a Él como centro de mi ser es fácil que pueda llegar a sentirme agotado, resentido, cansado, frustrado (el mundo estará siempre lleno de pobres, tampoco Jesús terminó con la pobreza), y pensando que nada es suficiente.

No se trata de trabajar a destajo, de meterse hasta el fondo porque lo dice el Evangelio, sino de vivir desde el Evangelio, como Palabra Viva, que inunda mi Ser. Y entonces, cualquier acción, por pequeña que sea, será fecunda y dará el ciento por uno, porque no soy yo sino Él en mí quien actúa.

Tampoco se trata de caer en una autocomplacencia encubierta de misticismo. Dios es “exigente”, a quien mucho da, mucho le pide. Cuanto más permanezcamos en su Presencia, más nos interpelará a la acción. Ambas cosas van unidas, oración y acción, pero en ese orden. Por eso, si queremos “hacer mucho”, tenemos que “dejarnos amar por Él mucho”, debemos “dialogar mucho con Jesús por medio de la oración”.

Lo que transforma es el amor de Dios. Es el misterio del amor de Dios el que nos interpela a actuar, desde un amor vivo en lo hondo de nuestro corazón.

Y esto es lo que a veces olvidamos los creyentes. Creemos que “alcanzaremos” a Dios, a base de buenas obras... y es al revés, cuando Dios nos alcance brotarán de nuestro ser obras buenas, porque no podrá ser de otra manera. Del corazón brota lo que en el corazón rebosa.

Ante tantas necesidades que vemos a nuestro alrededor, tanta pobreza, tanta miseria, no podemos quedarnos impasibles. Debemos involucrarnos con un compromiso serio, pero teniendo muy presente el peligro de caer en el activismo, llegando, incluso, a extremos en los que se pierde el norte, comparándonos entre nosotros: a ver quién es el que ayuda más, el que se compromete más, el que es más austero, el que pasa más tiempo en la Iglesia... un sinsentido muy doloroso, que se está dando dentro de la misma Iglesia, y que nos disgrega en lugar de unirnos.

Este compromiso tiene un inicio: Nuestro Bautismo. Este Sacramento, el primero de todos y el que abre las puertas a los demás, es de una trascendencia absoluta; el mismo Espíritu Santo nos hace morada suya. El sacramento del Bautismo no sólo nos abre las puertas de la salvación, de la vida eterna, sino que también nos une más íntimamente a Cristo, nos configura con Él y lo más importante, nos configura en el triple oficio de Cristo Jesús: sacerdote, rey y profeta

Y así como Cristo fue y es sacerdote, rey y profeta, así lo son también aquellos que son creados a su imagen y semejanza, los renacidos del Bautismo. El sacramento del Bautismo vivifica y potencia esta imagen y anima a quienes lo reciben a vivir según este derecho

recibido en el nacimiento. Mucho más se puede decir acerca de estas tres dimensiones, pero sobre todo es importante entender cómo son vividas y asumidas por los hombres y mujeres en su vida de cada día.

La acción importante y transformadora del bautismo introduce a cuantos reciben el sacramento en la triple función de unción sacerdotal, real y profética. La Iglesia es muy clara al afirmar que en la medida en que los seglares (los fieles laicos, bautizados) viven su identidad bautismal participan de estas importantes actividades cristológicas de Jesús.

La figura del sacerdote evoca imágenes de sacrificio y de mediación. El sacerdote es aquel que ofrece el sacrificio para rendir culto a Dios y darle gracias por su presencia divina en el mundo. El sacerdote es también un mediador, aquel que está ante Dios e intercede por el pueblo. Esto quiere decir que el sacerdote está ante Dios para pedir perdón, para implorar la paz y la gracia. Y es ésta la verdadera y propia función del seglar que participa en el misterio de la salvación de Cristo.

La identificación del laico con el oficio de "rey" indica también el deseo de parte de Dios de compartir la esencia de la naturaleza divina con los hombres, creados a su imagen y semejanza. Aunque si la realeza de Jesús no es demasiado evidente en el Nuevo Testamento, una de las imágenes más significativas de Cristo en la devoción cristiana es su representación como Rey: Rey del cielo y de la tierra, Rey de la creación y Rey de la historia. En parte, este título real pone de relieve la autoridad divina otorgada a Cristo, la misma autoridad que Él transmite a sus seguidores para hacerles capaces de testificar su servicio en el mundo. Una vez más, los seglares son animados a ejercer esta autoridad en la esfera secular para transformar el mundo a través de su testimonio.

Finalmente, el profeta es aquel que vive dos realidades al mismo tiempo. De una parte, profundamente inmerso en la voluntad de Dios y la conoce desde dentro. Y sólo entonces el profeta es un instrumento que transmite la voluntad divina a los otros, de manera que se entienda y se siga. Por otro lado, un profeta está también profundamente inmerso en las corrientes de la sociedad actual, para conocer y entender las luchas y los trabajos del pueblo, en medio del cual es llamado a servir. El profeta asume, pues, el desafío de vivir de manera enérgica esta doble realidad, para participar así en la acción evangelizadora de la Iglesia.

Es este oficio profético el que más estamos llamados a desarrollar los cristianos, el que requiere un mayor compromiso de fe, una respuesta libre, personal y vital al llamado de Dios que nos hace desde nuestro Bautismo.

Este aspecto está hermosamente reflejado en los Evangelios, pero muy especialmente en un texto que llamamos: "Jesús y el joven rico". Te invito a que escuchemos y podamos, posteriormente, reflexionar este texto:

"En aquel tiempo, cuando Jesús siguió su viaje, vino un hombre corriendo y se puso de rodillas delante de Él y le preguntó:

- Buen Maestro, ¿qué puedo hacer para conseguir la vida eterna?

Jesús le dijo:

¿Por qué me llamas bueno? No hay más que uno bueno y ese es Dios. Tu sabes los mandamientos: No cometerás adulterio; no mates; no robes; no digas mentiras de nadie; no engañes; respeta a tu padre y a tu madre.

El hombre le contesto:

- Maestro, todo esto lo he cumplido desde niño.

Jesús lo miró con cariño y le dijo:

- Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y entonces tendrás riqueza en el cielo; luego ven y sígueme.

Pero cuando oyó esto, el hombre se afligió y se fue triste porque era muy rico.”

(Evangelio de Marcos 10, 17-22)

Ahora bien: De qué manera se relaciona con nosotros, con nuestro encuentro de hoy o, qué aplicaciones tiene para nuestra vida este texto de Marcos:

Del encuentro brota el compromiso:

Un arquetipo es un modelo o ejemplo universal. En este sentido, el joven rico es un claro ejemplo del arquetipo del discípulo cristiano. Como aquel hombre, es probable que todos nosotros seamos personas genuinamente piadosas e interesadas en ganar la vida eterna.

Como Él, hacemos todo aquello que según nuestra tradición, educación y cultura religiosa, es preciso y necesario para acercarnos a la vida eterna, sin embargo, puede ser que todo eso, siendo bueno, no sea suficiente.

Del mismo modo que el joven rico y dirigente, somos invitados a seguir a Jesús convirtiéndonos en sus discípulos en un proceso que dura toda la vida. Este proceso va mucho más allá de la observancia de ciertas reglas, de la aplicación de una cierta moral.

Sin embargo, el primero que es llamado de manera personal y libre a cumplir estos mandamientos es el bautizado, el cual, en el sacramento recibido, ha establecido una profunda alianza, pero a la vez un enorme compromiso con Dios.

Este compromiso consiste en un cambio de nuestra forma de pensar y nuestra forma de vivir. Incluye y abarca todos los aspectos, nuestra visión del mundo, nuestros valores y nuestras conductas. Tiene un objetivo final, que Cristo sea formado en nosotros.

Este proceso es doloroso e implica ajustes en nuestras vidas y esos ajustes nos llevan a la necesidad de tener que pagar determinados precios. Hay cosas que dejar, relaciones que romper, conductas que desechar, motivaciones que rectificar, etc., etc.

La invitación de Jesús a cada uno de nosotros siempre lleva implícita la petición de pagar un precio y comenzar a acumular tesoros en el cielo. Cada uno sabe su precio y cada uno

debe hacer su evaluación privada y personal.

Jesús nos enfrenta con la lógica del reino de Dios que es contraria a la lógica de nuestra sociedad. Nos invita a perder, a dejar, a abandonar para poder ganar.

Todos, por nuestro Bautismo, somos herederos del triple oficio de Cristo; sin embargo, son pocos los cristianos que se toman en serio esta tarea. La razón: Hemos olvidado nuestros compromisos, nuestro compromiso cristiano, nuestra fe; esta se ha vuelto funcional, vacía, ritual, pero ha perdido su vitalidad, ha dejado de ser vital, hemos ido abandonando, fruto de las preocupaciones y otras prioridades que hemos puesto, nuestro discipulado que brota de nuestro Bautismo.

La invitación de Jesús: "anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres..." y su promesa "así tendrás un tesoro en el cielo", se dirigen a todos y no sólo a una elite privilegiada. Lo mismo sucede con el mandato: "ven y sígueme". Jesús invita y respeta la libertad de nuestra respuesta, pero quien acepta seguirle debe adherir a su persona y estar en comunión con su vida, destino y misión. Por eso, seguir a imitar a Jesús conlleva la necesidad, la obligación y la urgencia de cumplir el único mandamiento que El nos dejó. Se trata de conformarse o configurarse con El por el misterio de la Cruz y de la Resurrección.

La vocación cristiana sigue esta misma dinámica pascual. Seguir a Jesús en radicalidad, unirse a El en alianza de amor, responder a su elección pronta y generosamente, recorrer los mismos pasos del Redentor

La vocación y el seguimiento de Jesús (don gratuito y respuesta generosa) se insertan y avanzan en el mismo movimiento de la respuesta de Jesús a quien buscaba vida eterna y perfección: "ve, vende, dalo, ven, sígueme". Cuando la respuesta es generosa y sin condiciones, viene solo el tesoro no tanto como un premio, sino como la dicha que da Jesús cuando se adentra y cautiva nuestro corazón

Jesús invita a renunciar a un programa de vida basado en el tener y en el cumplir, a invita a la aceptación de su persona basada en el ser y el seguir. Entregarse de lleno a esta tarea permite, a quien es llamado por el bautismo, a manifestar al mundo la soberana riqueza de seguir a Jesucristo, sabiendo que la iniciativa de la llamada siempre viene de El. Es Jesús quien elige, invita, redime, salva. El es modelo, fuerza y perfección suma para quien desea seguir sus huellas.

El hombre del evangelio no siguió a Jesús, sino que se fue triste porque era esclavo de sus bienes y estaba apegado a sus riquezas. Otros hombres y mujeres, de ayer y de hoy, son llamados por Cristo con palabras de amor y una mirada de cariño en los ojos. La respuesta sigue siendo de forma diversa. No obstante, a quien acoge la mirada bondadosa y tierna del

Señor, a quien responde generosamente a su invitación "sígueme", a quien vende sus riquezas para darlas a los pobres a ir tras el Maestro, Jesús se ofrece como única riqueza capaz de colmar el corazón humano.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN

1. Si tuvieras que comparar tu vida con la de este joven rico ¿En qué estadio estarías?
2. ¿Qué precio te está pidiendo Jesús que pagues?
3. ¿Cómo vives tu Bautismo? ¿En qué nivel de compromiso te encuentras?
4. ¿Es posible seguir a Jesús sin comprometerse? ¿Cuáles serían las consecuencias de esto?
- 5.- ¿Cómo cumples el triple oficio del cristiano?
- 6.- ¿En qué se nota tu compromiso cristiano?